

I

Yo no vine a morir a la ciudad,
sin embargo, la fiebre no detiene
su ofensiva de vómito y mareos.

Me duelen las costillas.

Y me duele

la compasión que doy a los que me aman.

No sé de qué me muero

—no está escrito en mi horóscopo—.

Aún no sé si es de Venus el contagio;

mi doctor culpa al aire

de las calles de México.

Descansarán mis dedos de sus cuentas,

de la escasez de versos y dinero.

Entre sábanas sucias,

bajo el manto de la noche devota,

encomiendo mi espíritu al rosario;

lo oprimo, y veo nacer

una súbita gota de mi sangre,

bajando por la palma de mi diestra.

II

Me he vendado el cráneo
para no oír las voces que me llegan de afuera.
Encerrado en mí mismo,
se unen los hemisferios del cerebro
y crean un continente fantasmal.
Mi cuarto se convierte en purgatorio.
El suelo cruje en su hambre de termita
y en el papel tapiz
se desdibuja,
como una mancha púrpura,
el rostro calcinado de mi padre.
Mi padre: el monumento y el fantasma.
Mi padre elaborando su acta de defunción.
Mi cuarto está repleto de alacranes.
Aun con el cráneo envuelto en gasas milagrosas
escucho pasos en el corredor
y la voz de Dios como un martillo
dentro de mi cabeza.